

TRIPTICO ROMANO EN LAS CIFRAS DE UN SEGUNDO MILENARIO

Por LUIS ARAUJO - COSTA

II

OVIDIO

LA VIDA DE OVIDIO

AUGUSTO significa el apogeo de Roma. Ha triunfado de Antonio en Accio el año 29 antes de Jesucristo y se ha proclamado Príncipe y Emperador. Todo el poder viene a sus manos, aunque conserva las denominaciones de la vieja política republicana. Nominalmente viven el Senado y las magistraturas. Pero desde el 29 anterior a nuestro cómputo cronológico, una sola voluntad gobierna a Roma y al mundo sometido a su mando. El ideal de Sila y de Julio César se ha cumplido en la persona de Octavio. La ya muy remota monarquía que se extinguió el 496 en la batalla del Lago Regilo, vuelve a tener solio en la ciudad de las siete colinas. Las formas, los nombres, la manera de las instituciones son diferentes. El fondo viene a ser el mismo, y Aristóteles, en su *Política*, tuviera el nuevo estado de Roma por monárquico.

El reinado de Augusto constituye para el mundo antiguo la grandeza imperial. El siglo de Augusto es el Siglo de Oro de la literatura, de la intelectualidad y de las artes latinas, como el siglo de Pericles, desde Atenas, lo ha sido para Grecia.

En los días de Augusto se produce el acontecimiento máximo

de la historia universal. Viene a la tierra el Salvador de los hombres. Jesucristo nace en Belén de Judea el año 33 del reinado de Augusto. Parece ser que los cálculos de Dionisio Exiguo están equivocados. Todos conocemos a este monje escita del siglo vi, que tradujo al latín los cánones griegos de los Concilios, que recogió treinta y ocho decretales hasta Anastasio II (496-498), y que fué uno de los creadores de la ciencia del Derecho canónico. El sustituyó en el cómputo cronológico la era de los mártires, que comenzaba en Diocleciano (año 284) por la era cristiana, que empieza en el nacimiento de Cristo. Se ha demostrado que sus cálculos salieron mal. Jesucristo no nació el 753 de la fundación de Roma, sino el 747, seis años antes. Su vida mortal no acaba, por consiguiente, a los treinta y tres. La edad de Cristo, en realidad, son treinta y nueve. Del mismo modo, su Madre, la Santísima Virgen, murió a los setenta y ocho y no a los setenta y dos, como por tradición se viene creyendo. El historiador católico francés Henri Wallon (1812-1904) ha sistematizado y ha puesto al alcance de todos esta disputa cronológica en su libro *La autoridad del Evangelio*, salida a luz en 1858. La tradición se impone una vez más a la exactitud de los números. El cálculo equivocado de Dionisio Exiguo domina y dominará siempre la cronología hasta la terminación de los siglos. Pero en uno y otro cómputo, en el erróneo que nos rige y en el verdadero, simple curiosidad erudita, Jesucristo tiene la fecha de su nacimiento en el reinado de Augusto y en el transcurso de la vida de Ovidio.

Muere Augusto el 14 de la era usual, a los cuarenta y siete años de reinado y a los setenta y seis de haber nacido. Le sucede su hijastro Tiberio, que alcanza con su vida y su mando hasta el 37, y sobrevive cuatro años a la Pasión y Muerte del Redentor.

Tres son los poetas de Roma en la latinidad de oro del siglo augustal: Virgilio, Horacio y Ovidio. Han nacido, respectivamente, en Mantua, en Venusa y en Sulmona, ciudad esta última del Abruzzo Citerior. Virgilio le lleva en edad a Ovidio veintisiete años, y Horacio, veintidós. El autor de las *Bucólicas*, las *Geórgicas* y la *Eneida* muere a los cincuenta y un años, el 19 antes

de Jesucristo. El poeta del *Beatus Ille*, las *Odas*, las *Epístolas* y las *Sátiras* deja este mundo el 8 anterior a nuestra era, teniendo cincuenta y siete. Publio Ovidio Nason vivió más que sus dos émulos, alcanza los tiempos de Cristo y se extingue en el Ponto el 18, a los sesenta y cinco. El historiador Tito Livio, gala también del Imperio de Augusto, nace el 59 antes de Cristo y muere, un año antes que Ovidio, el 17, ya próximo a la septuagenia. Tibulo vive treinta y cinco años, del 54 al 19, y Propercio, treinta y cuatro, del 49 al 15. He aquí los contemporáneos principales de Ovidio. El es el más joven de todos ellos. Su nacimiento coincide con los consulados de Aulo Licinio y Lucio Pansa.

Fueron sus padres de linaje ilustre, y de ellos recibió la dignidad de caballero. Quiso su progenitor dedicarle a la carrera de la elocuencia. Decidió él consagrarse a la poesía. Su excelente y singular ingenio, su imaginación feliz, su habilidad para la combinación y armonía de las palabras y de las frases inclináronle, casi desde su niñez, al culto de las Musas y al desprecio de Temis. Conocida es la anécdota en que jura a su padre no componer más versos usando el ritmo y la cadencia de la poesía.

Augusto le llama a su corte. La condición de poeta es un título valioso para vivir en la amistad de quien ha cerrado el templo de Jano y asume en grandeza todas las glorias del espíritu, el entendimiento, el gusto y el saber. Dura poco la fortuna de Ovidio. El Emperador le destierra a Tomis, en el Ponto, y no llega nunca el perdón, tantas veces pedido y ansiado. No ha logrado saberse el porqué de la desgracia de Ovidio. Abundan las conjeturas. El poeta nos dice que él jamás quebrantó la ley ni se mezcló en traiciones y conspiraciones de tipo político. Se ha dicho que fué testigo de un escándalo en la familia imperial. Una nieta del Emperador, Julia, siendo muy joven, tuvo amores culpables con Silano. Ovidio lo supo, y para que nada pudiese revelar a nadie, se le envió al país de los getas, junto al Mar Negro, y residió hasta su muerte en la citada ciudad de Tomis, que hoy se llama Kustendjé.

LAS OBRAS DE OVIDIO

La cronología las divide en tres grupos: las de juventud, las de madurez y las del exilio. Al primer grupo pertenecen los *Amores*, en tres Libros; las *Heroidas*, o supuestas epístolas de las mujeres famosas de la fábula a sus maridos o amadores; el *Arte de amar*, en tres Libros; el *Remedio de los amores*; los *Cosméticos del rostro* y una tragedia, *Medea*, que se ha perdido. De la edad madura son los quince Libros de las *Metamorfosis*, imitación de Nicandro y Partemio, que comprenden desde el caos hasta la muerte de César. Hay, además, los seis Libros de los *Fastos* o calendario en verso, del que no fué jamás escrita la segunda parte. El destierro produjo los cinco Libros de los *Tristes*, elegías sin destino especial; los cuatro Libros de *Elegías del Ponto*, dirigidas a sus amigos; *Ibás*, poema satírico imitado de Calimaco, y un fragmento de las *Halieúticas*, del que sólo se han salvado ciento treinta y cuatro versos. Se han perdido el *Panegírico de Augusto* en lengua geta y una obra en que relataba la muerte del primer Emperador de Roma.

Los manuscritos que contienen todos estos poemas han sido objeto de estudio detenido, de clasificación rigurosa, de compulsua paciente, de análisis conforme a sistemas científicos, que no permiten duda sobre la atribución de las obras. Todas ellas son de Ovidio y no es fácil oponerse a la autenticidad. Las ediciones comienzan nada menos que en 1471. Se han examinado, clasificado y estudiado con la misma paciencia y buen método que los manuscritos.

Los *Amores* o *Elegías amorosas* se publicaron cuando tenía el poeta veintisiete o veintiocho años. Como sus predecesores, Catulo, Galo, Tibulo y Propercio, Ovidio canta en ellas los acontecimientos y accidentes de su pasión por Corina. Es el nombre imaginado que da a la mujer objeto de sus ansias. Se han fabricado no pocas conjeturas pensando quién pudo ser Corina en la vida real. El suceso carece de importancia porque está averiguado que Ovidio, el poeta erótico por excelencia, jamás estuvo enamorado de

nadie. Todo es en él fantasía, artificio, estilo irónico, burla, ingenio, la cabeza que domina un tórax sin corazón. El poeta es un magnífico observador de las malas costumbres de Roma, y sus libros amorios resumen una etapa de la historia del mundo en que no brillan ciertamente las virtudes, a lo menos en los círculos sociales que el poeta examina.

Ovidio es un teórico del amor que él no ha sentido, pero sus versos reseñan todos los anhelos, todos los dolores, todas las venturas, todas las esperanzas, todo el caudal de psicología que la pasión amorosa, o el simple juego de los amores, pone en circulación. Los historiadores franceses de las letras latinas hablan a este propósito de otros siglos, de otras costumbres y de otros ingenios que, ya en la poesía, ya en el teatro, ya en la pintura, ya en disquisiciones de ameno divulgar, han tratado los mismos temas galantes con perspicacia igual y parecida intención. Surgen los nombres de Bernard y de Parny, *La Princesa de Cléves*, de madame de La Fayette; la *Carte du Tendre*, de mademoiselle de Scudéry, las comedias de Marivaux, los cuadros de Boucher y Fragonard... Ovidio es hombre de salón, aseguran, y en sus comentarios, siempre deliciosos por la manera francesa de contar y enjuiciar, Ovidio diríase antes parisiense que romano. La literatura gala sobre el Sulmonense se ha traído a España. Hoy es difícil sustraerse a su influencia. Paul Albert y René Pichon dan la tónica. No tratemos de evitarla en esta breve mención de las obras de Ovidio.

Los *Amores* son el producto de la propia experiencia en el trato y la conversación de las damas. Las *Heroidas* es la historia de este sentimiento de atracción universal, según fué practicado por las heroínas célebres de la fábula, empezando por las que salieron a la tierra al conjuro del padre Homero. Leyendo la *Ilíada* y la *Odisea*, las tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides, la serie cumplida de poemas griegos y romanos en que la antigüedad había conservado el recuerdo de Penélope, Elena, Clitemnestra, Hermiona, Medea, Ariadna, Fedra, Deyanita, Laodamia y tantas otras, vínole a las mientes a Ovidio el suponer unas cartas a los héroes que con ellas compartieron las delicias y las penas llevadas a

las almas por el hijo de Venus. ¿Son epístolas de clave? ¿No podrían ponerse nombres romanos del siglo de Augusto a las Andrómedas y Briseidas de la poesía secular? Enona se jacta, como podría hacerlo una matrona del siglo I, de no haber pedido jamás dinero ni alhajas para conceder su amor a Paris. Hipólito quiere, a toda costa, poseer una carta de su madrastra, Fedra, para enseñársela a sus amigos y que éstos rabien de despecho. René Pichon escribe: «supongamos a los personajes de Corneille hablando la lengua de Marivaux». Son cuadros de costumbres, como lo son los *Amores* y el *Arte de amar*. Nosotros pensamos en los entremeses de Cervantes y de Quiñones de Benavente, en las novelas de Doña María de Zayas, Sotomayor, en las *Novelas ejemplares*, en Céspedes y Meneses, en Castillo y Solórzano, cuando no en Zabaleta y en los *Avisos*, de Liñán y Verdugo, o sea el mercenario Fray Alonso Remón.

—► El *Arte de amar* es un tratado de la ciencia del amor, pero continúa en él el espejo de las maneras romanas, de la sociedad que ha visto el poeta, de los tipos y las reacciones psicológicas que, a propósito del amor, se le ocurre al ingenioso Sulmonense traer a examen. Idéntico motivo conductor observamos en los *Remedios del amor* y en los *Cosméticos del rostro*. La existencia romana cada día se ha de estudiar en Ovidio. De sus obras se han sacado las mejores papeletas para los diccionarios arqueológicos. El famoso de Anthony Rich le debe a Ovidio más que a ningún otro de los autores que pone a contribución, aunque entre ellos nos anonadan con noticias de primera mano las *Cartas, de Plinio*, las poesías de Estacio y Marcial y, ya muy tarde, en el siglo II de nuestra era, en los años de los últimos Antoninos, las *Noches Aticas*, de Aulo Gelio.

A fuer de elegante y hombre de sociedad, como diríamos en nuestro tiempo, Ovidio es erudito. Ya en todas las series de sus libros de amores ha probado conocer a fondo toda la antigüedad griega y latina, y toda la tradición sapiente recogida por Varrón y Marco Tulio, y llevada por Virgilio a la misma epopeya de Roma. No cabe dar burla a un asunto que se desconoce. Es el caso

reciente de Jean Giraudoux con sus facecias sobre Electra y Anfitrión. Ovidio ataviaba sus imaginaciones a la moda romana del siglo de Augusto, y el comediógrafo y novelista francés, nuestro contemporáneo, las pone en el espíritu del París actual, y así no ha de extrañarnos, verbigracia, en ver fumar a Egisto. ¿No puede invocar el sutil ironista el ejemplo del vate de Sulmona?

Llegado a la madurez, piensa Ovidio que su misión sobre la tierra en el campo de la poesía no puede limitarse a un escarceo elegante y mundano sobre el amor. Quiere realizar la obra seria que ya corresponde a sus años, y compone las *Metamorfosis* y los *Fastos*. Tiene la primera de estas producciones espíritu y porte alejandrinos. Sus modelos se hallan en las *Transformaciones*, de Corino; las *Metamorfosis*, de Calístenes; las *Mutaciones*, de Antígono de Caristo; las obras respectivas de igual nombre de que son autores Nicandro y el maestro de Virgilio, Partenio. El poema de Ovidio está en hexámetros, como la *Eneida*, para dar al asunto y a la composición más gravedad. No hay hombre culto que ignore las fábulas de las *Metamorfosis* ovidianas, porque del texto latino han pasado a la literatura y a las bellas artes de todos los países europeos del Renacimiento a la fecha. En la serie de tapices de Palacio, famosa en todas partes por su riqueza y calidad de los paños, hay una serie de *Fábulas de Ovidio*, sin contar *Las galerías de Vertumno y Pomona*, del comedor de gala, también tomadas del poema. Ovidio tiene la virtud de anular los relatos anteriores a él. Cuando se busca la fuente clásica de Júpiter, convertido en novillo para raptar a Europa, y transformado en cisne para que, a su gracia, se rinda Leda, la mujer de Tíndaro; cuando se investiga el nacimiento de los Dióscoros Castor y Polux, y sus hermanas Elena y Clitemnestra; cuando se quiere saber la ascendencia del mito de Danae y la lluvia de oro conforme a la conocida décima de Cervantes, y se habla de Licaon, transformado en lobo, y Dafne, en laurel, y Niobe, en piedra que llora, y la ninfa Eco, en el sonido que modula su voz; cuando entregamos el alma al deleite de la poesía antigua y a los primores de ensoñadora imaginación, no pensamos en ningún otro autor sino en

Ovidio, porque en las *Metamorfosis* está toda la mitología clásica en lo que tiene de maravilloso. Al colocar Shakespeare ante la fantasía de las generaciones el muro que separa en Verona a Capuletos y Montescos, y la escena de amor allí desenvuelta mientras canta la alondra de la mañana, creyendo los amantes que es el ruiseñor de la noche, ¿no viene en seguida al recuerdo la bellísima tragedia de Píramo y Tisbe, con la sangre inocente que las garras de una leona hacen verter y el color purpúreo de los frutos de un moral? De Ovidio ha pasado la narración a las literaturas nutridas de jugos clásicos, y en todas las versiones la intensa poesía del asunto mueve el ánimo cual un viento impetuoso que se nos llevase a un horizonte de ensueño y de belleza, a una región superior del humano espíritu, donde lo vulgar, lo feo y lo ingrato no tienen entrada. El amor sereno de la vejez, que Filemón y Baucis simbolizan, ¿de dónde lo han tomado, sino de Ovidio, el francés La Fontaine y el inglés Swift, autor de los *Viajes de Gulliver*? Y así, del mismo modo, nos hechizan con la magia del relato la expedición de los argonautas que navegan por el mar Argólico hacia la conquista del vellocino de oro, con el episodio de Jason y Medea; las bodas de Andrómeda y Perseo; el viaje a los infiernos de Kora, Perséfone o Proserpina, base y contenido religioso de los misterios de Eleusis; el mito de Orfeo y Eurídice, ya conservado por Virgilio en el Libro IV de las *Geórgicas*; la caza del jabalí de Calidón; muchas otras fábulas y fantasías de las que corren por el cauce de la cultura y forman en el campo poético nuestro patrimonio espiritual. Podríamos formular el sortites: sin humanidades clásicas no es posible la cultura; la mitología griega y latina está en la entraña de las humanidades; el mejor tratado de mitología son las *Metamorfosis*, de Ovidio; luego sin Ovidio y su poema no cabe esa riqueza del alma que consiste en poseer los viejos saberes y cultivar con ellos el ser entero individual y el patrimonio colectivo de los pueblos en el orden de la cultura y el espíritu.

Al lado de las *Metamorfosis* se colocan los *Fastos*. Es la historia del calendario romano. El contar los años y los días era en

la antigua Roma función pública, a un mismo tiempo religiosa y política. Durante muchos años correspondió a los patricios el derecho y el deber de conocer el calendario y ordenar la sucesión de los días *fastos* y *nefastos*. El calendario es la misma historia de Roma. Antes de Ovidio han tratado de la materia en trabajos de profunda erudición Clodio Tusco, Lucio Cincio, Cornelio Labeo y, sobre todo, el formidable Varrón. Con él comienza la crítica a ligar los usos de la vida civil y las ceremonias religiosas con las antiguas tradiciones del Lacio y de Italia. Ovidio se propuso poner al alcance de todos la ciencia cronológica e histórica de los remotos analistas y las conclusiones del sabio Varrón. Se nos aparece el poeta como un erudito de segunda mano. No importa. El fin que se propuso lo ha cumplido. Gracias a su número y a su habilidad de versificador, se atavían, a la manera del siglo de Augusto, las nobles tradiciones romanas que en el arte de contar y de clasificar los días tienen fundamento. Fáltale al Sulmonense el empaque de Virgilio, el tono elevado en que habían de ser tratadas tan arduas cuestiones. Ha empleado el hexámetro en las *Metamorfosis*, pero aquí vuelve a la ligereza del dístico en que habían sido escritas sus obras de amores. Es de tener en cuenta que Ovidio no es ni puede ser un creyente en los dioses paganos. Cuando Cristo vino al mundo se había perdido, desde muchos años atrás, la fe religiosa. El libro de Lucrecio dió el golpe de muerte a las divinidades antiguas. Se creyó en la patria, en las tradiciones, en los hechos gloriosos de los antepasados, en los principios de una moral natural de simple razón que preparaban, por diversas vías, el advenimiento próximo de la vida cristiana. Virgilio es un precursor de nuestra fe. Sócrates y Platón preludiaron el cristianismo. El poeta de Sulmona no puede incorporar el alma y los anhelos de un mundo mejor al fondo religioso lejos de la verdad y de la vida en que se manifestaban a los hombres las bellas fábulas que él ha inmortalizado en los linderos del arte y de la belleza, y acaso por ello trata el asunto usando el estímulo leve que los críticos le reprochan. De todos modos, los *Fastos* constituyen una fuente segura de enseñanza. La leyenda de la ninfa

Carmenta y de las fiestas carmentales que se celebraban en su honor; la historia de Evandro, de Hércules y de Caco; las mil poéticas historias que han estado casi dos milenios a la disposición de los estudiosos y de los que sacaron algunos —Quevedo, entre ellos— noticias y razones de bien asentada erudición, ¿no han de ser motivo, impulso y argumento para que tengamos los *Fastos*, de Ovidio, en alta estima, y vayamos a sus páginas como a manantial de interesantes aportaciones al cultivo de la inteligencia y la memoria? Dice Pichon que Ovidio, en este poema de farragosa sabiduría, acierta a dar amenidad a un asunto que a él mismo le aburría. Así, el origen de los antiguos cultos lo pone en boca de las propias divinidades y no duda, cuando el asunto se aviene a una escena de risa, en divertir a los lectores con una situación cómica teatral parecida a las de Plauto. Como de todas las obras de Ovidio, pueden sacarse de los *Fastos* sentencias, paradojas, imágenes que dejan fuertemente clavada en el ánimo una idea. No en vano el poeta es un ingeniosísimo conversador que nos entretiene con sus agudezas a una distancia de dos mil años.

Los libros del Ponto o el destierro no llegan en amenidad, en compostura, en alcance, en tono erudito, en poesía y en acción, ni a las *Metamorfosis* ni a los *Fastos*. Los *Tristes* forman una queja continuada, que el poeta se canta a sí mismo. Desterrado junto al Mar Negro, suelta su imaginación comentando las impresiones que recibe, los tipos y los paisajes que le rodean, la tristeza de quien, acostumbrado a vivir en Roma, tiene que soportar la vida monótona de una tierra lejana e inhóspita a la fuerza para un elegante de la ciudad del Tíber en los días del primer Emperador. Los *Tristes* no van a nadie dirigidos. Ovidio los escribe con la idea de mandarlos a Roma, y que allí, su mujer o alguno de sus amigos, les haga llegar a Augusto. Tal vez el dueño del mundo se apiade de su mala estrella y le perdone. Las *Pónicas* van dedicadas a personas de su amistad. En las *Elegías* revive el estro de Catulo, Tibulo y Propercio, al primero de los cuales no llegó Ovidio a alcanzar en la vida. Murió el mismo año en que nacía Tibulo, y ya hemos visto que el elegíaco amante de Delia,

Neera, Nemesia, Sulpicia y Glicera le llevaba once años al autor del *Ars amandi*. Las composiciones del Ponto es lo más débil de Ovidio. Nos encontramos, eso sí, ante un poeta de primera fila, ante un conocedor maravilloso del latín, que maneja con prodigiosa elegancia; ante un desdichado para quien la conducta del Emperador fué más rigurosa que lo que pedía la justicia. Buen ejercicio del entendimiento y de la atención es el de estudiar, medir, comparar y meterse en el alma las *Elegías* ovidianas, donde late el cerebro y el modo de un gran poeta; pero de no conceder a Ovidio parte principal en un análisis minucioso de las letras latinas, es mejor dar de lado las obras amoratorias y las lamentaciones del Ponto y, en cambio, consagrar las horas a las *Metamorfosis* y a los *Fastos*.

Entre las obras menores cabe deleitar el ánimo con el *Ibis* y las *Haliéuticas* o poesías piscatorias, de una fragancia y un encanto singulares, aunque los autores no estén concordados de si son o no son de Ovidio.

¿Qué pensar del poeta en 1943?

La figura de Ovidio.—En todos los tratados de literatura latina se lee que Ovidio, aunque gala del siglo de Augusto, acusa ya la decadencia. Es achaca frecuente en los *juniores* de cualquier período, etapa o escuela. Al hablar de los trágicos griegos se dice lo mismo de Eurípides. En los tres autores de tragedias que coinciden con sus nombres el día de Salamina del 480, si bien en diferente actuación, viene a notarse una escala de mayor a menor desde el autor de *Prometeo* y de los *Persas* hasta el misógino tan zaherido por Aristófanes. El poeta del *Hipólito*, *Ifigenia*, las *Bacantes* y el *Cíclope* ha sido acusado de haber hecho descender hasta las condiciones de la vida corriente a los dioses y héroes que la tragedia tiene por agonistas. El más grande de los trágicos griegos es Esquilo. Le sigue Sófocles en un escalón más bajo, y luego se considera a Eurípides como el último en fecha y jerarquía. Con los poetas del siglo de Augusto sucede una cosa semejante. El más eminente de los tres es Virgilio. Horacio se

ofrece en un grado inferior y se pone en Ovidio el comienzo, o al menos los prolegómenos, la iniciación de la edad de plata. ¿Qué hay de cierto en lo que pudiéramos llamar tópicos de la crítica literaria que copia al tratar de Roma lo mismo ya manifestado en la Grecia del siglo v?

Sobre Virgilio se ha publicado hace poco un libro decisivo. Se intitula *Virgilio, el poeta y su misión providencial*. Su autor es un jesuita ecuatoriano: el P. Aurelio Espinosa Polit, sobrino del ya difunto Arzobispo de Quito, don Manuel María Polit y Laso, a quien va dedicado el volumen. Para el P. Espinosa —y tiene razón en cuanto dice—, el poeta de las *Bucólicas*, las *Geórgicas* y la *Eneida* es en la paganía el más notable precursor del cristianismo. Prueba con abundantes razones el magistral estudio del P. Polit que Virgilio fué en su vida un hombre de acrisoladas virtudes, tanto en su actuación ciudadana como en el terreno de lo particular y lo familiar; que no puede afectarle para nada el equívoco de la *Egloga II*; que a todas sus líneas e intenciones preside la más alta moral; que puede, con toda justicia, ser colocado al nivel de los Profetas y Padres de la Iglesia; que es original en todo, no obstante el libro de Eichhoff y sus conocimientos profundos de la literatura griega y de cuanto se había escrito en el mundo sobre los temas por él tratados; que no hay capítulo ni matiz de la moral cristiana ajeno a Virgilio; que la lectura pública de la *Egloga IV* en el Concilio de Nicea del 325, primero de los Ecuménicos, respondió a un movimiento de la conciencia cristiana muy ligada desde el principio al pensamiento y a la emoción del poeta romano; que en la historia, no solamente de la literatura universal, también de la cultura, la civilización y el espíritu corresponde al Mantuano una misión providencial en muchos extremos y por muchos caminos demostrada como al poeta más insigne de la Humanidad en todos los tiempos, países, circunstancias y grados de elevada cultura. En achaques de intelectualidad, saber y belleza; en menesteres de poesía, Virgilio ocupa el primer lugar y sale de la órbita de Ovidio. También de la

de Horacio. Más a nuestro lado, más próximos al medio ambiente común, se halla —desligados de quien se remontó al empíreo y se sentó a las puertas del cielo cristiano— el Venusino de las *Epístolas*, las *Sátiras* y las *Odas*, y el Sulmonense de las reflexiones galantes en la gramática del amor. Puesto a parte Virgilio, sólo queda la comparación entre Horacio y Ovidio. La latinidad del primero es superior a la del segundo. El poeta es más grave, más equilibrado, se muestra más a tono con la elevación de la poesía, pero no le iguala a Ovidio en elegancia, sutileza, ingenio, saber, agilidad de mente, ironía, sentir de lo cómico, finura de perfección, garbo y buen gusto. Horacio es en el fondo un epicúreo en el noble sentido de la palabra. Aquí y allá lo más serio pudiérase tomar por vaya y paradoja. Ovidio le aventaja en sal, en maneras urbanas, que los griegos llamaban aticismo, en estar de vuelta de todas las cosas, en ese género de burla que, llevado al extremo, denominan hoy los franceses *fumisterie*, y que es la madre, la solera, la primera capa, el diapason de todo diletante. Ovidio viene a ser un malabarista de las ideas y de los principios tradicionales, que hicieron a Roma dueña y maestra universal. En su sonrisa irónica, en sus doctrinas de amor, en sus disquisiciones de toda especie se encuentra todo el fondo religioso, sabio, espiritual y deleitante en que el Imperio de Augusto se había fundado. Virgilio es el profeta, el demiurgo, el Hierofante de esta grandeza. Ovidio es el juglar, el hombre de mundo, el que lleva el lenguaje de la historia y de una religión hueca y falsa a la expresión hablada de la vida corriente en cada uno de los momentos, climas, estados y gradaciones del correr de los minutos durante una jornada. De leer tan sólo a los historiadores y críticos franceses de la literatura romana, vendríamos a la conclusión de ser Ovidio un poeta de tercera o cuarta fila para ser gustado en momentos de relajación moral en un palacete, *vide-bouteilles*, estilo Luis XV, acompañados de bailarinas de la Opera. Pero si regresamos a nuestro país y queremos amoldar las circunstancias del bimilenario a las normas de la España presente, en la que todo es

orden, medida, gravedad, jerarquía, respeto a la tradición y culto a los principios religiosos no como hechos sociales, sino representando la unión del alma con Dios en lo moral y en lo dogmático, nos encontraremos en el reino de la poesía, la cultura y el saber con una tradición ovidiana muy firme y respetada durante los siglos del Imperio. ¿Qué autores de España se han inspirado en Ovidio y han acompañado su pensamiento, sus asuntos, sus personajes, sus episodios y sus maneras al poeta de Sulmona?

OVIDIO Y ESPAÑA

El hispanista norteamericano Rodolfo Schevill publicó en inglés, en 1913, un libro titulado *Ovidio y el Renacimiento en España*. El volumen va dedicado a la memoria de don Marcelino Menéndez y Pelayo, que acababa entonces de morir. Son 268 páginas en cuarto menor, contando los apéndices. Cada una de sus cuatro partes, después de la introducción, tratan, respectivamente, de la Edad Media, de los primeros años del Renacimiento, de las *Metamorfosis* en España y de la deuda a Ovidio y a las narraciones ovidianas en el Siglo de Oro. Estudia Schevill, entre otros capítulos del mayor interés, el *Libro del buen amor*, del Arcipreste de Hita, como trasunto de las ideas y de los escritos ovidianos; la influencia del autor del *Ars amandi* en la lírica del siglo XIV; los relatos ovidianos y su origen en la Italia renaciente; Ovidio y Cervantes; Ovidio y Lope de Vega; las traducciones españolas de las *Metamorfosis* y muchos puntos más de importancia suma para el conocimiento de nuestras letras y de nuestro pensar en el Siglo de Oro. La obra de Schevill señala en la materia, máxima autoridad desde el punto de vista filológico, crítico e histórico.

Las *Metamorfosis* han sido vertidas al castellano varias veces: en 1580, en Salamanca, por el doctor don Antonio Pérez Sigler; en Tarragona y 1586, por Felipe Mey; en Valladolid y 1589, por Sánchez de Viana, y en Madrid (1805), por Francisco Griwel.

La Biblioteca Clásica da la traducción de Sánchez de Viana. Las demás producciones de Ovidio han sido también vertidas del latín al castellano a través de toda nuestra literatura por diferentes autores. Puede verse la lista completa en el libro de Schevill, que reseña a su vez las traducciones italianas e inglesas y el estudio y lección continuada de Ovidio, acreditados en las obras de Dante y Petrarca. Del aprecio en que tiene el poeta de la *Divina Comedia* a Virgilio, Horacio, Ovidio y nuestro español Lucano, dan idea las páginas entusiásticas que les consagró. Todas ellas se incorporan al méster cristiano de la poesía y el pensamiento, llevadas en las alas del florentino, que baja al profundo y sube después a la gloria. Alighieri se limita aquí a seguir una tradición.

Entre los poetas judíos españoles de la Edad Media se distingue en el siglo XII y comienzos del siguiente, por su imitación a Ovidio, Jehudá Ben Salomón Aljarizi, a quien Graëtz llama el Ovidio de la poesía neohebraica. Acaso el notable historiador exagere y confunda la licencia en los dichos y las intenciones con el verdadero espíritu de quien compuso los *Fastos* y los *Remedios del amor*; pero Ovidio reina siempre en el mundo de la belleza y no es de extrañar que le imiten, le copien y vivan a su servicio los versificadores y novelistas de todos los tiempos por dentro del cauce y el ecumenos de la civilización. El mismo siglo XIII, que ve morir, hacia 1230, al Aljarizi, nos ofrece la regia figura de Alfonso X el sabio. Una de sus aportaciones a la ciencia de la historia fué la *Crónica general*. Menéndez Pidal ha estudiado la obra en todos sus aspectos, etapas, versiones y vicisitudes. Capítulo de primera importancia es el relativo a las fuentes. Allí nos encontramos las *Heroidas*. Otra producción del hijo de San Fernando, la *General Estoria*, ha incorporado a sus enseñanzas las *Metamorfosis* y un resumen medieval francés que se llama el *Ovidio moralizado*.

Los críticos modernos aseguran que la influencia de Ovidio sobre el famoso Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, es bastante menor de lo que en otros tiempos se había dicho. Claro que el nove-

lista de *Trotaconventos* tiene muy presente el *Arte de amar* y aún acude, de vez en cuando, al *Seudo-Ovidio* de la Edad Media, o sea Pamfilo, el autor de la comedia *Vetula*, que tradujo y editó Bonilla en 1917. No falta Ovidio en los *Proverbios* del Marqués de Santillana, don Iñigo López de Mendoza (1398-1458), que fueron escritos para la educación del Príncipe, después Enrique IV, y tomaron el título de uno de los Libros Sapienciales de Salomón. Pero el poeta y moralista no limita sus enseñanzas a la Sagrada Escritura, y trae al acervo de su doctrina sentencias de autores clásicos: Sócrates, Platón, Aristóteles, Terencio, Virgilio y Ovidio. La concisión del libro se traduce en oscuridad y al texto se añaden glosas, ya del propio Marqués, ya de su Capellán, Pedro Díaz de Toledo.

Si el Arcipreste de Hita ha utilizado a Ovidio en su *Trotaconventos*, se comprende que los *Amores* habían de entrar en la composición y el tono de la *Celestina*, y que de un incunable barcelonés de 1494 —la versión de las *Metamorfosis*, de Francisco Alegre— había de extenderse a todo el reino de los Reyes Católicos y de sus sucesores inmediatos la elegancia, el ingenio, el numen poético de quien ha discurrido sobre los *Remedios del amor* y los *Cosméticos del rostro*.

Llega la época de Carlos V. Juan Boscán trae a la poesía de Castilla los metros italianos. Un año después de su muerte, en 1543, su viuda, doña Ana Girón de Rebolledo, de la casa y baronía de Andilla, «sabia, gentil y cortés», como dice don Diego Hurtado de Mendoza, publica tres Libros con las poesías de su esposo y un cuarto Libro con las de Garcilaso. En el Libro III y en la *Historia de Hero y Leandro*, el poema de Museo, se complace Boscán en traer el tono y algunos asuntos de las *Heroïdas*. Garcilaso de la Vega (c. 1501-1536), en la tercera *Egloga*, toma de Ovidio el episodio de Dafne, convertida en laurel. Y así, el vallisoletano Hernando de Acuña (c. 1520-c. 1580), que sirvió a las órdenes del Marqués del Vasto en la guerra del Piamonte, toma de Ovidio la *Fábula de Narciso* y la *Contienda de Ayax, Telamonio y Ulises sobre las armas de Aquiles*; y así, el sevillano

autor de madrigales Gutiérrez de Cetina (1520-c. 1557), traduce al vate de Sulmona en algunos de sus *Diecisiete capítulos* o epístolas en tercetos; y así, Cristóbal de Castillejo (c. 1490-1550) nos da, tomadas de las *Metamorfosis*, la *Historia de Píramo y Tisbe*, y el *Canto de Polifemo*; y así, el portugués Gregorio Silvestre (1520-1569) nos regala con la *Fábula de Dafne y Apolo*, y el mismo Píramo y Tisbe, tan explotado por la poesía, el teatro y las artes plásticas; y así, don Diego Hurtado de Mendoza, primer Marqués de Mondéjar, hijo del Conde de Tendilla (1503-1575), autor de la *Guerra de Granada*, traslada a rotundas octavas reales desde las *Metamorfosis*, las leyendas de Adonis y de Hipómenes y Atalanta, que debiéramos tener muy presentes los madrileños, porque éstos son los leones del carro de Cibeles; y así, Fray Luis de León (1527-1591) no se desdeña de aprovechar sus consejos nada menos que en la *Perfecta Casada*; y así, llega a Ovidio, por el camino de Ausonio, en el relato de la ninfa Eco, el clérigo sevillano Francisco de Medina, graduado en artes en Osuna; y así, Luis Barahona de Soto (1548-1595) traduce al metro de las dobles quintillas las fábulas de Vertumno y Ponona, y el suceso de Acteón convertido en ciervo y por sus propios perros devorado, no sin que vuelva a su dulce Ovidio, cuando quiere dar remate a su canción austera *De la muerte de Polixena*; y así, Bartolomé de Torres Naharro, que es, sin disputa, el padre de nuestra dramática, siembra las *Heroidas* por sus composiciones del género lírico; y así, el bachiller Sebastián Fernández, autor de la *Tragedia policiana*, impresa en Toledo en 1547, toma el desenlace del *Píramo y Tisbe* para terminar las desventuras de Teofilón, Filomena y Policiano; y así, el licenciado Luis Hurtado de Toledo (c. 1523-1590) acomete la empresa de traducir las *Metamorfosis*, si hemos de creer a Gayangos; y así, el sevillano Juan de la Cueva (1543-1610) le sorbe el seso para sus obras dramáticas de asunto mitológico e histórico; y así, Alonso Pérez, médico de Salamanca, quiere continuar la *Diana*, de Jorge de Montemayor, mezclando a Sannazaro con el poeta *junior* de la Roma de Augusto; y así, Cristóbal de Villalón, salmantino, da a las prensas,

en Medina y en 1536, su *Tragedia de Mirrah*, con retazos de las *Metamorfosis*; y así, le consulta el formidable Arias Montaña, y le imita en la *Mosquea* el doctor don José de Villaviciosa (1589-1658), y le toma y le traduce libremente Marcelo Díaz Callecerada en su poema narrativo *Endimión*, publicado en Madrid en 1627.

La novela de aventuras o bizantina acude también a la inspiración ovidiana. Dígalo la *Historia de los amores de Clarea y Florisea*. Su autor, Alonso Núñez de Reinoso, copia allí el *Leucipe y Clitofonte*, de Aquiles Tacio Alejandrino, que tradujo Quevedo en edición que se perdió y que conocemos por el texto castellano que dió a la estampa en Madrid, en 1617, Diego de Agreda y Vargas.

Don Luis de Góngora y Argote (1561-1627) tiene por uno de sus poemas principales el *Polifemo*. Ya el título nos habla de las *Metamorfosis*. El murciano Salvador Jacinto Polo de Medina ha de acudir por su parte a las fábulas ovidianas para componer en silvas su *Fábula burlesca de Apolo de Dafne*. El poeta coruñés don Francisco de Trillo y Figueroa saca de Ovidio la *Fábula de Leandro*. Hasta Jerónimo de Huerta, un autor de libros de caballerías, que ha dado el *Amadís* puesto en verso con el título de *Florando de Castilla*, se acerca a Ovidio para probar que vive a la moda, sin que su cultura humanística le haya librado de que Pfandl le llame «tonto erudito». ¿Qué más, si hasta en la *Conversión de la Magdalena*, de Malon de Chaide, hay imitaciones de Virgilio, Ovidio y Juvenal, junto a las paráfrasis líricas de trece Salmos?

No se olvide que uno de los capítulos de Schevill se intitula Ovidio y Cervantes. El hispanista y crítico norteamericano se fija principalmente, al establecer la relación, en el *Celoso extremeño*. En efecto, entre las *Novelas Ejemplares*, ésta es la más ovidiana de todas.

En 1621 publicó Lope su poema la *Filomena*. El asunto está en el Libro VI de las *Metamorfosis* (v. 424-675). Tirso, Rey de Tracia y esposo de Progne, hace violencia a su cuñada Filomena,

y luego le corta la lengua y la abandona en un bosque, en una cabaña de pastores, a fin de que no pueda contar a su hermana, la esposa ofendida, el tuerto de que fué víctima. Filomena pinta en unos cuadros la desventura que le advino en el trato del Rey, toma venganza de éste en la persona de su hijo, y se convierte en ruiseñor. La segunda parte del poema tiene carácter autobiográfico. El ruiseñor cuenta su vida y se opone a los ataques del toro, en quien se ha visto la personificación de Rámila. Entrambaguas trata el asunto en un grueso volumen documentadísimo, con toda clase de pormenores. Vuelven a tratar el asunto en sendas comedias Guillén de Castro y Rojas Zorrilla.

Tirso de Molina compone en 1621 sus deliciosos *Cigarrales de Toledo*. En uno de ellos se inserta el poema de su amigo Plácido de Aguilar, *Fábula de Pan y Siringa*. Es la leyenda de la ninfa transformada en caña, de la que Pan, su seguidor, se hace una flauta. El relato comienza en el verso 691 del Libro I de las *Metamorfosis*.

Con el Siglo de Oro acaba en España la afición a Ovidio. El jesuita P. Javier Lampillas (1731-1810) le presenta como poeta decadente en su defensa de los hispano-latinos Lucano y Marcial.

Sólo vuelve los ojos a Ovidio en su *Adonis*, el Caballero de los Jabalíes, don José Antonio de Porcel y Salablanca, Canónigo de la Colegial de San Salvador, de Granada, en el reinado de Fernando VI. Considérese para la recapitulación final el aprecio en que aquí vive Ovidio durante los años imperiales y el olvido a que luego se le condena. El hecho es todo un síntoma.

En un estudio completo sobre Ovidio en España, habría que consagrar muy nutridos capítulos a la manera de haber tratado los pintores las fábulas del Sulmonense. El Museo del Prado está lleno de escenas de las *Metamorfosis*. Acis, Adonis, Acteón, Dafne, Diana, tantos otros dioses y héroes de la clásica mitología, que en los quince Libros de las *Transformaciones* tienen amenísimo comentario, forman allí, en todas las escuelas de pintura, recreo de los ojos y enseñanzas. Es una tradición incorporada al acervo de la general cultura y a la que han acudido siempre en busca de ins-

piración los artistas del pincel. Otra de las artes plásticas, la tapicería, ofrece en la valiosísima colección de Palacio la serie que se conoce con el nombre de *Las fábulas de Ovidio*, y fuera de ella, las *Galerías de Vertumno y Pomona*, que, del magno libro ovidiano, pasaron a los tejedores de Bruselas. El recuento no se limita a España. Puede hacerse en todos los países cultos.

Por las narraciones de embriagadora poesía que el poeta llevó a sus escritos; por los jugos clásicos que allí se ofrecen en toda su pureza y encanto; por la delicadeza de los pensamientos; por la forma bella que cohonesto lo atrevido de los asuntos y de las expresiones; por haber recogido en su amena sonrisa el tesoro sapiente de la antigüedad; por el tono mundano y nunca pedante con que los relatos se presentan; por el tono y la manera; por el garbo sin rival en ninguno de los autores latinos; porque, en vez de estar leyendo a un escritor clásico de la Roma de Augusto, diríamos que estamos conversando con un amigo de nuestra misma edad, aficionado a observar de cerca los vicios y los amores de hombres y mujeres en una sociedad distinguida, en la que toda finura de percepción y expresión es apreciada por lo que contribuye al buen gusto y a la exquisitez en el trato social, Ovidio se impone a la admiración y al afecto de los espíritus delicados, sin que la decadencia que en sus producciones se nota, comparándolas, sobre todo con las de Virgilio, venga a disminuir su valor. Se nos dirá que hay mucho en Ovidio de diletante, que acaso el diletantismo es la única cualidad en sus facultades de poeta. Muchos años antes del Fígaro de Beaumarchais, el vate de Sulmona se apresura a reírse de todo para no verse obligado a llorar por aquello mismo que motiva su gorja. De joven trata del amor sin que su corazón se halle interesado nunca por los hechizos de las mujeres cuyas gracias canta en el tono ligero de dísticos inmortales. Una coraza defiende su pecho contra las flechas envenenadas del niño-amor. Pero nadie diría que la viscera del tórax en que la fantasía ha colocado la función de sentir y de amar, falta en Ovidio, porque el ingenio suple toda mutilación de la integridad humana en los horizontes del ensueño, más que a

otra cosa, al deleite conquistados. Ovidio es hombre fino y nos enamora por la finura y amenidad de su conversación. Se pone triste, con sobrados motivos, cuando un decreto imperial le aleja de Roma y le retiene en el país de los getas, junto al Ponto Euxino, hasta que allí se consume de desesperación y de tedio. Es entonces un elegíaco al modo de Cátulo, Tibulo y Propertio, pero nunca parece llorón y quejumbroso a la manera de los románticos. Tampoco tuvieron jamás tal defecto sus modelos y antecesores en esta manifestación retórica de la poesía lírica. Ovidio es siempre un poeta equilibrado y delicioso. No será nunca posible dar a sus escritos la autoridad de un Padre de la Iglesia, como ha hecho con los de Virgilio el P. Aurelio Espinosa Polít; la moral cristiana, y aun la moral natural, tienen mucho que condenar en los poemas de juventud; las costumbres romanas que se reflejan y adquieren vida inmortal en las páginas de los *Amores*, de los *Tristes*, de las *Pónticas* y de todo cuanto salió del cálamo y del estilo ovidianos, no son modelo de enseñanza en la conducta; las fábulas de la mitología pecan continuamente de ligeras e inmorales; no ha de aprenderse en el hombre lección de austeridad y temple varonil en la desgracia; la paganía impera como señora en toda la producción del Sulmonense; pero en el poeta se halla toda la esencia del clasicismo greco-romano, todas las mieles de la antigüedad, todos los tesoros de una poesía que dimana del padre Homero, toda la sabiduría de la ley de Naturaleza, que es como decir todo el espíritu de las humanidades.

No está lejos Ovidio de la España presente, a pesar de las antítesis y antinomias. El hombre que rige con su ejemplo y su enseñanza la cultura de la España de Franco, es el autor de los *Heterodoxos* y las *Ideas estéticas*, y él, en cierta ocasión no tuvo inconveniente al escribir: «Yo en arte soy pagano hasta los huesos, pese el abate Gaume, pese a quien pese». El ferviente catolicismo y la sana ortodoxia de don Marcelino son cosas tan claras como la luz del sol al mediodía. Ovidio resume en su persona y en su obra el arte pagano entero. Añádase la tradición ovidiana de los siglos del Imperio español estudiados por Schevill y re-

señada a la ligera en las líneas anteriores: saldrá entonces la consecuencia de que el leer, estudiar y gustar a Ovidio es señal de tener la inteligencia cultivada, agudo el sentido, fina la epidermis, selecto el paladar, las facultades mentales en equilibrio, sana la razón, depurado el gusto, el ánimo sensible a todo atisbo de belleza, el ingenio despierto, el alma templada en las maravillas del ayer, el linaje espiritual nobilísimo, el abolengo remoto, ya que procede de Homero y ha gozado el remanso de las puras linfas ovidianas en una corriente cristiana imperial, no interrumpida en los siglos de la grandeza española.